

Andrés Bello en la oceánica mirada

Andrés Bello in the oceanic glance

Recibido: 15/07/2020 Aprobado: 20/09/2020

Alexander Torres Iriarte

Universidad Pedagógica Experimental Libertador

Alexandertorresiriarte@gmail.com

Resumen: Este trabajo documental busca recalcar la significación de la obra de Andrés Bello en la historiografía nacional. Saber cómo en distintos momentos, bajo diversos enfoques o problemas, ha sido ponderado el caraqueño ilustre por diez intelectuales venezolanos. Andrés de Jesús, María y José Bello López se nos presenta como un hombre de estatura universal, que por distintas razones parece ser víctima todavía de la indolencia de sus paisanos. Es bueno decir que Andrés Bello fue más que el maestro de Simón Bolívar y que pese a las diferencias que tuvo con su antiguo discípulo, el sabio nunca abandonó la opción independentista y de este hecho estuvo consciente el mismísimo Libertador.

Palabras clave: Historia; Venezuela contemporánea, Pensamiento nacional; Historiografía.

Abstract: This documentary work seeks to emphasize the significance of Andrés Bello's work in the national historiography. To know how in different moments, under diverse approaches or problems, the illustrious Caracas native has been pondered by ten Venezuelan intellectuals. Andrés de Jesús, María y José Bello López is presented to us as a man of universal stature, who for different reasons still seems to be a victim of the indolence of his countrymen. It is

good to say that Andrés Bello was more than Simón Bolívar's teacher and that in spite of the differences he had with his former disciple, the wise man never abandoned the independence option and the Liberator himself was aware of this fact.

Keywords: History; Contemporary Venezuela; National thought; Historiography.

“...que los grandes intereses de la humanidad os inspiren”
Andrés Bello

Introducción

Andrés de Jesús, María y José Bello López se nos presenta como un hombre de estatura universal, que por distintas razones parece ser víctima todavía de la indolencia de sus paisanos. Cual Simón Bolívar, Francisco de Miranda o Simón Rodríguez, sufrió en carne propia lo que reza aquel poema de Andrés Eloy Blanco, el ostracismo: un hijo grande que murió afuera de su patria, mientras los viles se reprodujeron adentro.

Si bien nació en Caracas en 1781 y murió en Chile en 1865, en su propecta vida dejó una estela imborrable en América y Europa, impronta que debemos tener siempre presente. Tuvo una educación de primera, mostró una prematura sed de conocimiento, incursionó en la Universidad y se graduó de bachiller en Artes. Ya su tímida pero profunda personalidad brillaba en las tertulias capitalinas. La nada fácil situación económica familiar lo alejó de los claustros y lo confinó a la burocracia de la época. Vendría la coyuntura de 1810 y con ella el vendaval revolucionario. Simón Bolívar y Luis López Méndez, serían sus compañeros de viaje para una Gran Bretaña plausiblemente amiga de la causa independentista. Desde entonces comenzaban sus peripecias dignas de una novela aún por escribirse. Los altibajos de los proyectos republicanos, los apremios materiales, su tarea como traductor y preceptor a destajo, sus pérdidas cercanas, su viudez temprana, etc., fueron formando un carácter estoico y realista. Todos estos factores no fueron óbice para su fecunda creación intelectual en el Viejo

Mundo. En Chile también su obra dará notables frutos. Desde la fundación de la **máxima Casa de estudios hasta redacción del Código Civil de país austral**, corrobora lo afirmado. Asimismo, la educación y la política meridional lo valoran como uno de los excelentes.

La gran pregunta de por qué este paradigma de la venezolanidad es prácticamente un desconocido nos mueve a escribir en clave didáctica las siguientes páginas. Empero, quisiéramos resaltar, que si bien Andrés Bello ha sufrido muchas veces el látigo de la indiferencia o de la incomprensión de sus compatriotas, nuestros pensadores no han dejado de darle su justo valor. Este ensayo busca exactamente eso: subrayar la significación de la obra de Andrés Bello en la historiografía nacional. Saber cómo en distintos momentos, bajo diversos enfoques o problemas, ha sido ponderado el caraqueño ilustre por diez intelectuales venezolanos.

El injuriado

¿Fue Andrés Bello un soplón? ¿De dónde viene tamaño engaño que sigue ensombreciendo su inmortal figura? Son dos cuestiones que dilucida Vicente Dávila (1874-1949) en los famosos “años locos”, **década en la cual nuestros estudios históricos seguían viendo la imagen del Maestro con cierta reserva.**

Antes de aquel 19 de abril de 1810, ya se habían dado brotes violentos y organizativos contra los mandones hispanos. Estas fuerzas emergentes se sincronizaron con un hecho importantísimo fuera de nuestras fronteras: la invasión de Napoleón en la Península Ibérica en 1808. Todo indicaba que el absolutismo español marcaba sus últimos días. Y si el rey de España estaba preso ¿En quién se sostenía ahora la soberanía? ¿En quienes descansaba el pacto de la gobernabilidad? Todos responderían a estas preguntas complejas: en el *pueblo*. De tal modo que, ese año explotaba el problema de la soberanía popular en el momento en el cual las colonias quedaban acéfalas por la prisión de Príncipe de Asturias. Si el rey estaba en cautiverio, entonces era la oportunidad de ensayar un camino propio, un sendero auténticamente republicano. Como se puede inferir, para comienzos del siglo XIX ya estaban dadas las condiciones externas e internas para la Independencia de Venezuela y de toda Nuestra América

La agitada vida de Bello en Caracas reflejaba de manera contundente la crisis del nexo colonial aludida. El enfrentamiento vedado o público entre criollos y

peninsulares era parte del termómetro de una sociedad en plena convulsión. Si la situación se caldea cuando en mayo de 1808 Napoleón en Bayona les arrebató la corona a los Borbones, será un año después que, con la llegada de las nuevas autoridades, todo augure un cambio también de aires. Tanto el Capitán General Vicente Emparan, como el Intendente de Hacienda y Marina Vicente Basadre, son clara señal de que el panorama está muy turbio. Del lapso que va desde la navidad de 1809 hasta marzo de 1810 las contradicciones sociales, étnicas y políticas se acrecientan con el agregado de una oleada informativa nada halagüeña para la moción usurpadora. Arrestos, redadas y encarcelamientos son comunes como expresión concreta del enfrentamiento de dos modelos: uno que pulsa por seguir con el lastre de la metrópoli, y otro que quiere destrozarse -con el martillo de la razón- los hierros que nos atan a la España monárquica.

Es en este marco que el 1 de abril de 1810 Vicente Emparan devela una rebelión militar promovida desde la Casa de la Misericordia, que tenía como propósito deponer a las autoridades españolas e instaurar un nuevo gobierno en la ciudad de Caracas. Desde el cuartel de los Granaderos de Aragua liderado por los Toro se pretendía sumar al complot a las milicias de Valencia para derrocar al Capitán General y su alto mando. Al final no prosperó la intentona y fueron apresados sus líderes más visibles. Es en el contexto de este movimiento de talante independentista que contaban a con la participación de pardos y mantuanos de la capital, que Andrés Bello pasa injustamente como un delator.

Todo comienza con el hecho de que Ignacio Xavier de Uzelay, Conjuez y Comisionado de la Real Audiencia, obligó a comparecer al Castillo de Puerto Cabello -el 26 de octubre de 1812- a un reo llamado Diego Jalón. Este olvidado oficial de Artillería del rey, quien fuera apresado por Domingo de Monteverde, confesó que Andrés Bello estaba al tanto de lo planificado ese primer día de abril y que él en persona -entiéndase Jalón- le había recomendado al pedagogo que elevara la denuncia al mismísimo Vicente Emparan.

En este sentido Vicente Dávila a la luz de los descubrimientos documentales de su hora ayuda a despejar la incógnita:

Tal fué el hecho que tomaron los historiadores realistas Urquinaona, Torrente y Díaz, y luego repitieron los patriotas para calumniar a Don Andrés Bello. Por lo declarado antes se ve que éste no hizo otra cosa que participar, y eso con alguna demora, como empleado de Gobierno de Emparan,

lo comunicado por un oficial del cuartel de la Misericordia. Pero desconocida esta declaración por los historiadores, puesto que hoy se publica por primera vez, y muerto Jalón en Junio de 1814, la noticia la tomaron de Emparan que la supo por la comunicación del oficial de su Secretaría. Los realistas falseando el concepto, o con el ánimo avieso de calumniar al ilustre caraqueño, o simplemente creyendo era conocedor de la Revolución, puesto que a raíz del 19 de Abril tomó parte en ella, le llamaron delator (Dávila, 1923. p. 74).

Distintos testimonios como los de Antonio Guzmán, José Martín Barrios y Benito Ochoa, todos testigos de excepción de los hechos relatados, redundan en esta misma idea: no fue Andrés Bello quien acusó ante los colonialistas los planes insurreccionales de los revolucionarios. Pero lamentablemente muchas veces la injuria puede más que la verdad.

El Libertador intelectual

¿Cuál debe ser el papel del historiador en un ambiente cultural donde predominan interpretaciones que tributan con la vergüenza étnica o nacional? ¿Debe valerse el intelectual de personalidades como la de Andrés Bello que su sola invocación contribuye a engrandecer el espíritu colectivo? En este sentido, los juicios de Augusto Mijares (1897-1979) son indudablemente reveladores.

Pero antes pongamos las cosas en contexto. Lanza en ristre le tocó llevar a Augusto Mijares para defender desde su exigente oficio los valores encubiertos de lo que él entendía como venezolanidad. El obstáculo mayor era desvanecer creencias generalizadas -y respaldadas por afamadas firmas- que desdecían sobre nuestras realidades domésticas al ser ponderadas por referentes culturales de otras latitudes.

Después de la muerte Juan Vicente Gómez estalla un gentilicio hambriento de justicia, además de un pensamiento nacional que busca agitadamente sus propios arroyos. Era el primer tercio del siglo XX, cuando las ergástulas gomeras estaban frescas, que la reflexión general también se rebelaba. Su hábitat natural era el taller, la Universidad y las agrupaciones políticas emergentes que se sentían llamadas a conducir el rumbo del pueblo venezolano. Dejar atrás la explicación organicista, era faena ardua. La convicción de ver la sociedad como una estruc-

tura viviente sometida a etapas de desarrollo y leyes inexorables de progreso social, con “razas” hijas de la herencia y el medio geográfico, pasaba por reevaluar nuestros estudios históricos nunca desvinculados de nuestra compleja espiritualidad. En Venezuela el positivismo fue *sui géneris*, acrisolando una gama de filosofías refractadas y a veces de postulados discordantes. El positivismo fue concebido como “renovación del saber”, una mundividencia que tuvo vara alta en las academias desde los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco alcanzando su esplendor en el gobierno del déspota de La Mulera. Pero su apego al postulado de “contar los acontecimientos tal como sucedieron”, el uso del método experimental, la impronta eurocéntrica; en fin, al adscribirse a los presupuestos epistemológicos de las ciencias naturales, condujo al pesimismo trascendental que terminó justificando la tesis del Gendarme Necesario. Por lo menos en uno de sus célebres representantes: Laureano Vallenilla Lanz. En este hervidero de ideas, la Historia, en algunas voces autorizadas, cobraba inusitada importancia.

Así, para Augusto Mijares la Historia no será admitida como una reláfica sosa del pasado, mucho menos aún como herramienta de lo indecible, ni lenitivo de conciencias, sino vehículo para amar a la patria, vigorizar la nacionalidad y tantear lo reciente para prepararnos para el porvenir.

¿Y por qué no buscar en los héroes ese bálsamo que nos entusiasme y dignifique para acabar con el apotegma de que en Venezuela no germina nada bueno? Para Mijares era imperativo que el discurso histórico, con su carga didáctico-moralizante, fuera una narrativa que emocionara y afirmara lo mejor de cada uno y de todos a la vez, sin hacer concesión con la farsa, la cursilería y la impostura. Y si el Hombre de las dificultades¹ es -con Francisco de Miranda, a decir de Mijares- un símbolo por excelencia de la Independencia, Andrés Bello es *la justificación moral e intelectual* de la misma.

En esto es testarudo el historiador venezolano: si bien en Miranda descansa la paternidad doctrinaria de América, hermoso plan pergeñado en utópicas constituciones; si bien en Bolívar se entifica al estadista de “visión aquilina”, hombre constante que lidia por el diseño de un mundo posible; es Bello -simultáneo artesano de la proeza de los bienhechores- el actor fundamental de una “empresa

¹ En su línea de pensamiento resalta la figura de Simón Bolívar alejada del panegírico, del ditirambo. Mijares, sin huir de la condición trágica del Libertador, explora y asienta su dimensión heroica. Bolívar es ese ser que no cede, que no vacila, que es fiel a sí mismo, que va contra la tiranía y el conformismo, contra los que se prostituyen o se acobardan.

civilizadora”.

Para Mijares en los hombros de Bello descansa la hercúlea misión de la Independencia, no sólo entendida como el rompimiento de las cadenas extranjeras, sino también como disolución de su pensamiento y sus sistemas de valores. Bello nos exhorta a quitarnos las vendas de los ojos, a no ser planta exótica. Llamado animoso y poco demagógico que hace aquilatar a un Bello que perdió tanto en la guerra como el más valiente de nuestros generales o el más humilde de nuestros lanceros. Y nos pregunta Mijares sino tiene mérito quien ya había hecho aportes inconmensurables en el idioma, en el Derecho Internacional y en distintos campos del saber apreciados hoy no sólo en América.

La cuestión era descifrar si estábamos confinados a ser remedadores de cuanto viniera de Europa, sobre todo su ciencia, o de una vez por todas dar el salto cualitativo contra toda pasividad e imitación servil. O sea, si no se destruía la dependencia cultural con los países que secularmente nos han sojuzgado, era imposible romper el nexo político, siempre más fácil de desandar. Hacer de la causa americana una causa justa era más confuso que quitarse de encima la espada y el cirial, era necesario tener una razón ética: era preciso *desmentirlos*, es decir, demostrarles que si podemos andar sin tutelajes de cualquier índole. En este sentido, Mijares asienta:

Reclamar la Independencia y no saber qué hacer con ella podía ser la forma de fracaso más grotesca para nuestra América. Llamarnos naciones libres y no poseer la verdadera nacionalidad, la del espíritu; significaba reducir la Independencia al gárrulo jolgorio de San Juan, en las que ingenuos y lamentables manumisos olvidan que ni la tierra que pisan es suya, porque no la han sabido cultivar, que no es suyo su propio pensamiento; puesto que carece de originalidad, y que por igual su educación, su economía, su administración pública, y hasta el propio recuerdo de los héroes, no es sino una parodia frustrada de los que debía ser una nación verdaderamente libre (Mijares, 1998. p. 171-172).

Por supuesto, gigantesca labor entraña un esfuerzo tesonero y sostenido que requiere una mirada de gran aliento, de larga duración decimos hoy. Y la orientación vital de Bello estuvo casada con esa máxima: la libertad es más compleja

y exigente que el acto de la fuerza. De ser así, otro sería nuestro rumbo. No obstante, por más impugnable que sea esa Europa colonialista, como la causante de nuestras enfermedades también nos posibilita pistas para nuestros remedios sociales. Ese recetario inscrito en el pensamiento liberal de su hora -la necesidad de educación pública, de protección a los pobres, de cartas magnas realistas, de república o nada-, es agenda fundamental de la nacionalidad que irrumpía después de tres siglos de dominación. No entenderlo así es un anacronismo.

Y en esto el Bello de Mijares es proverbial: existe una Historia por descubrir que no va tras el relumbrón o del hombre de machete. Existe otro horizonte, tan admirable como el de las charreteras, de aquellos que hacen la Historia sin hacer más ruido y sin salir nunca al balcón del reconocimiento social². De esa estirpe es Bello. Un Bello que jamás dejó de amar a su país pese a no verter su sangre en alguna reyerta intestina:

La leyenda, basada en la ignorancia o en la maldad, de que Bello dejó de querer a Venezuela, prosperó algún tiempo entre nosotros; así como la afirmación correlativa, e igualmente infundada, de que en Venezuela no se quería a Bello. De que el culto a Bello ha sido aquí y será siempre, minoritario, eso ni vale la pena mencionarse; la naturaleza de su obra y de su vida no permite otra cosa. Pero en fervor y continuidad, desde Juan Vicente González hasta nuestros días, sólo en Chile ha sido excedido (Mijares, 1998. p. 179).

Un Bello que murió exclamando su amor sincero al lar nativo, que tuvo una vida íntegra, que dejó un paso que trascendió el maniqueísmo ideológico de una historiografía que mal puso a uno de sus hijos más ejemplares, símbolo de fe, constancia y anhelo americano. Tengamos pendiente a ese Augusto Mijares que nos exhorta sobre la vigencia de Andrés Bello, ponderado como un tenaz continuador de la faena de los libertadores, además de un pilar ineludible en

² Esta es una idea neurálgica y constante en Mijares, la de acusar “dos tradiciones” en nuestro devenir como pueblo. Contraponía Mijares a los pensadores de los políticos. Si a los pensadores -donde él ubicaba a Bello- los calificaba de trabajadores y reflexivos, a la otra fracción la asimilaba a la “audacia y garra”. En el fondo era una crítica a la invisibilización de los héroes anónimos, civiles y maltratados muchas veces por sus iguales, y en la memoria colectiva. Dice Mijares, sin embargo, que Bello encontró en Chile la posibilidad de compaginar “el pensamiento a la acción pública”. De allí su éxito en el exilio sureño.

la áspera brega de construir una nueva ciudadanía en la nación postgomecista donde se vocifera por todos los costados una aguda “crisis de pueblo”.

Un servidor americano

¿La vida de Andrés Bello podría sintetizar una “condición venezolana” en cimentación, esa necesidad de ser que todavía nos persigue? **¿Sus palabras pueden ser vivas sentencias, oportuno llamado?** Arturo Uslar Pietri (1906-2001), a partir de su exilio forzado en la década militar de mediados del siglo XX, se empeña en responder -desde su insoslayable *Letras y hombres de Venezuela* (1948)- estas sendas interrogantes.

Primero lo primero. Bello fue un *rara avis*, amante, a la usanza de los sabios helenos, del saber por el saber mismo, y más allá, por el carácter emancipador que encierra toda comprensión. Al ser Bello un alma apasionada por descifrar el enigma de La Esfinge era común levantar la admiración de los “guardianes de British Museum”, por su pertinaz asistencia al recinto y su afebrada búsqueda de datos.

Bibliotecas plenas de clásicos griegos era su lugar predilecto, siempre transido por esa voracidad que lo llevó a distintos campos del conocimiento. “Las ciencias y las letras” conquistaron su espíritu desde matinales **años y encontró a lo largo de su existencia, en estas dos ricas dimensiones, “placeres exquisitos”, como confesara él mismo** en su edad madura. *Γοζο*, subraya Uslar Pietri, que abrevia un ardor pedagógico, una deslumbrante erudición y una curiosidad investigativa insaciable. Sin embargo, la provincial Caracas -su terruca antes de su etapa británica y chilena- divisaba en el robusto adolescente un futuro promisorio. Su fama de joven instruido, su rutilante actuación en tertulias, su desempeño como un temprano traductor, como eficiente funcionario, decían de una reputación en ascenso. Ya un temperamento disciplinado marcaba distancia de las improvisaciones muy corrientes de sus interlocutores.

Pero Bello no era un diletante, especie de cultivador de infecundos comentarios. Bello no fue un pasivo contemplador de formas preciosas, abstractas. Bello no fue tampoco un poeta atrapado en el limbo. Menos un prosista elegante y vacío. No. Bello fue un hombre situado en su hora, en sus entornos. Fue un hombre-circunstancia con todo lo que esto implica:

Bello es, conscientemente, y no quiere ser otra cosa que, un hombre de América. Su americanidad es el rasgo más permanente y continuo de su pensamiento. Su tema es América, la audiencia a la que se dirige es americana, americanos son sus sentimientos y sus conceptos. El propósito de servir a América es predominante en su poesía, en su manera de entender la ciencia y sus aplicaciones, en su concepción del destino. El interés por la naturaleza, que tanto despertó en él Humboldt, es una de las notas básicas de su americanidad. Conoce las plantas, los animales, los climas, los fenómenos naturales de aquel mundo al que se ha consagrado con religiosa vocación (Uslar Pietri, 1995. p. 118).

No obstante, fue en Chile donde emergió con más fuerza su profunda convicción americanista y fue en su discurso inaugural de la Universidad de aquel país austral donde expuso con claridad meridiana las bases cardinales de su credo.

Si bien Bello abrevó en el neoclasicismo y el romanticismo con un equilibrio magnífico, subraya Uslar Pietri, y si bien no negó ser tributario del pensamiento europeo más avanzado de la época, fue un defensor de un camino propio y aquí, insistimos, está su importancia superlativa. Un americanismo, que sin minusvalía alguna, deja constancia de su mixtura explícita, mirada acendrada en una postura entre lo que él consideró las formalidades improductivas de los neoclásicos y las ruines exageraciones de los románticos.

Bello dominó al dedillo a Horacio, a Virgilio, a Cervantes, a Lope de Vega, a Calderón, a Byron, a Scott, a Cooper, a Heredia, a Olmedo, a Cienfuegos, a Varela, a Hugo, a Schiller, a Goethe, entre muchos otros, pero no se quedó con ellos en una suerte de mimetismo estéril.

Barroco y romántico, reflexivo e intuitivo a la vez, Bello era sincrético y original. Todo un “eclecticismo del gusto” que compaginó con el interés de la ciencia a merced de un proyecto histórico adecuado. En este sentido, no deja de enfatizar Uslar Pietri, tomando palabras de Pedro Henríquez Ureña, cómo en su *Alocución a la poesía* (1823) Bello se erige -con este magistral poema que nos exhorta a dejar la “cultura Europa” para buscar nuestro propio camino en el Nuevo Mundo- como el primero en el exteriorizar el anhelo de la independencia intelectual hispanoamericana.

En Bello se compendia el propósito de levantar un sendero válido de las na-

ciones procedentes del reventón de la ligadura ultramarina, ruptura que no debe explicarse como la salida rígida de un pensador lineal. Por eso, en este empeño de hacer patria, Bello evitaba los extremos peligrosos: la completa emulación colonial o la radical eliminación de la herencia europea.

Consciente estaba Bello que pese a lo opresivo que fue Metrópoli hispana con sus colonias, en esa oscura noche se dejaban ver hermosas constelaciones. También somos España y allí está parte de la audacia y complejidad de su reflexión. Por eso su propuesta del “justo medio” al momento de examinar nuestros pliegues culturales y espirituales. Por eso su pasión docente en la búsqueda de un horizonte posible y equilibrado:

Didactismo, americanismo y romanticismo se tocan en su obra de un modo constante, y vienen a ser como el resultado de su manera de entender sus deberes de intelectual para con su gente y para con su tiempo. Estos rasgos le dieron la extraordinaria modernidad a su pensamiento en su época. Mientras los unos dogmatizaban en nombre de las reglas clásicas, como Hermosilla, y otros proclamaban la anarquía y el olvido del pasado y de toda regla, como Sarmiento, Bello trataba de armonizar lo que había de verdad en ambas posiciones extremas y se esforzaba por comprender y explicar las distintas formas en que los hombres habían extendido la belleza en los distintos tiempos. Esos mismos rasgos son los que le dan validez actual a su ejemplo y a su pensamiento. Él es el americano abierto a todo lo que viene del mundo, para recibirlo, sin servilismo, y adaptarlo a las necesidades de su gente (Uslar Pietri, 1995. p. 131).

Bello en Uslar Pietri nos realza. Lo presenta como un orientador de su pueblo, un hombre que no especula, que no es un ideólogo en los términos **más peyorativos**, sino un creador, una inteligencia presta a todos, que crea y camina en el conjunto social con gran resonancia, que nos invita a ser lo propio sin mezquindades y egoísmos. Toda una clave que se vale Arturo Uslar Pietri para un futuro ensayo democrático que se debía edificarse en Venezuela una vez superada la regresión dictatorial que se enseñoreaba por estos predios y del cual él había sido protagonista de primera fila.

Un ciudadano con temores

¿Qué busca la Historia comprender o juzgar? ¿Cuánto ha pesado el mote de “traidor” en la figura de Andrés Bello? Es parte del dilema que aqueja a Mario Briceño Iragorry (1897-1958) a comienzos de los años cincuenta de la centuria pasada.

Por supuesto, ya el autor de *Mensaje sin destino* había asentado que la Historia es una columna vertebral para emerger de nuestra “crisis de pueblo”. También, con martilleo obsesivo, en sus limpios escritos, había defendido la gran función social de la Historia, como toma de conciencia para el progreso colectivo. Del desconocimiento del pasado, nos dice, heredamos la incomprensión del presente, por añadidura, más que una disciplina científica y literaria, la Historia es una disciplina moral. Su noble propósito está consustanciada con la formación cívica de las mayorías, le explica al ciudadano común cómo el estudio del pasado marca el ritmo de su compromiso contemporáneo. Más que saber petrificado, la Historia es “balance del tiempo”, inventario que no tiene que reflejar sólo los traumatismos del desarrollo social que nos dan la impresión que no hay nada valioso de ser destacado en nuestro devenir como pueblo. Visto así, nuevos surcos abría el “caso de Bello”, entendido como un personaje de nuestros anales del cual se guarda mucho silencio.

Refiere Mario Briceño Iragorry que gracias a la diligencia de una joven investigadora, quien pesquisaba materiales diversos con fines académicos en el Archivo General de la Nación de Venezuela, dio con una polémica carta enviada por Andrés Bello a la Regencia. En esta pieza fechada en junio de 1813 prácticamente el Maestro se “lavaba las manos” sobre la causa emancipadora.

Ha sido este documento -en gran parte- el promotor de la caída en desgracia de Andrés Bello para la historiografía nacionalista y por ende, en el imaginario de algunos venezolanos. Reza la misiva enviada por Bello desde Londres a la máxima autoridad española que él no fue partícipe de “los desgraciados acontecimientos que ocurrieron en aquel país”; de igual modo, recordaba Bello su pasado como empleado de la Capitanía General de Venezuela bajo la rectoría de Manuel de Guevara Vasconcelos, Juan de Casas y Vicente Emparan, respectivamente. Añadía Bello no ser agitador de las transformaciones políticas de aquel año definitivo, ni haber jugado un rol estelar en las “tramas que precedieron la revolución”. Afirmaba, seguidamente, que si bien se plegó a los actos de 1810, era porque además de la crisis en la Península Ibérica debido a la invasión na-

poleónica, en el Acta redactada el histórico Jueves Santo se dejaba claramente expresa la adhesión a Fernando VII. Alegaba a su favor lo *moderado* de sus opiniones públicas y notorias, aspecto que se sumaba a lo obvio: no haber ejercido cargo alguno después de la declaración de la Independencia dos años atrás. Suplicaba así Bello por su amnistía, por la clemencia, y por el autorización “para regresar a cualquier parte de los dominios” españoles.

Como se ve, estas líneas son testimonio de que el sabio imberbe tuvo una especie de “salto de talanquera” anticipada, cuando todo parecía indicar que la opción americana daba señales de descalabro. ¿Esto lo hace un “traidor”? ¿Suponer esto no puede ser un simplismo peligroso, reflejo de una historiografía patria, que reduce todo a un relato de “buenos” contra “malos” en una hora tan convulsa como la Independencia? ¿Acaso existió un sólo Bello, o un sólo Bolívar, o un sólo Miranda?

Advierte Briceño Iragorry que Bello comulgó más con los estudios que con la candente política, y que si bien integró la misión diplomática de 1810 con Simón Bolívar y Luis López Méndez, su escogencia no fue enteramente por su identificación partidista, sino por su preparación técnica, habilidades y destrezas que había adquirido en su ejercicio al servicio de los mandos coloniales.

Si bien causa asombro, sorpresa y hasta desaliento esta carta de Bello -enfatisa Briceño Iragorry- no es mero recurso retórico caracterizar esa fugaz Primera República, para tratar de justificar su proceder. Nos recuerda el escritor trujillano que ese julio de 1812 se ahogó en sangre el ensayo político incipiente, que desde el terremoto hasta el incumplimiento de la voz empeñada por Domingo de Monteverde, pintaba un panorama desolador. Esto sumado a desertiones, crisis económica, campañas difamadoras, un clero en contra, la pérdida de Puerto Cabello, los reveses militares, las mazmorras contra los patriotas, y un largo etcétera, creaba toda una atmósfera dantesca. Si la Capitulación de San Mateo se hubiera respetado, sigue Briceño Iragorry, quizás otro fuera el paisaje del conflicto, y en ese marco de inseguridades se movía el joven Bello. Pero esta calamidad se multiplicaba en la gélida capital británica en la cual las informaciones llegaban confusas y se aseguraba el regreso al monarquismo ¿Qué le deparaba a Bello? ¿Y qué creería este hombre de letras y libros, de musas y elucubraciones, más apolíneo que dionisiaco? Lo suponible: ¡qué todo se había perdido!

En tal sentido, alega Briceño Iragorry, que Bello fue honesto desde el principio. No traficó con los secretos de los patriotas, ni tampoco se remató al mejor

postor a los colonialistas. No traicionó amistades ni confianzas, ni hizo demagogias, ni falsos testimonios. Si algún pecado tuvo Bello fue su “ingenuidad”:

En su escrito nada renuncia. Nada reniega. Su republicanismo se formará más tarde. Cuando España lo desatiende y su espíritu comienza a luchar abiertamente con el destino, entonces América empieza, también, a tomar forma descomunal en su conciencia. A medida que la sangre entinta los ríos y el fuego devora la riqueza de las viejas Indias, Andrés Bello va sintiendo en Londres cómo crece su sensibilidad americana. En el Viejo Mundo se sabe representante de la vieja cultura que busca adecuado pulimento para sus símbolos libres. Ya el suyo no es el orden de la sumisión impuesta. Ya el suyo no es el orden de la sumisión impuesta. El suyo es el orden que parte del mundo interior disciplinado para la libertad y la justicia. (Briceno Iragorry, 1982. p. 365).

Y aquí viene una de las tantas paradojas que afloran en la Historia y nos hacen jugar a los supuestos: si España toma la palabra de Andrés Bello, lo indulta, lo perdona, ¿Qué hubiera sido de nuestro Americano Ilustre? aquel que, en un momento cuando el martirio estaba a la orden del día, temió por su vida como cualquiera de nosotros en un trance similar. ¿Qué hubiera pasado?

El mercado por Clío

¿En qué magnitud encontró Andrés Bello en el discurso histórico un cauce de la nacionalidad? ¿En dónde se sació este eximio intelectual para la configuración de sus atisbos historiográficos? Las respuestas sugerentes que nos proporciona Mariano Picón Salas (1901-1965) en la Caracas de 1957 es todo un reto. Y este no es dato decorativo: cualquier examen del sabio no puede soslayar su contribución en la comprensión de la Historia, faceta poco conocida del afamado filólogo y diplomático. De este modo, Picón Salas no dejaría -como otro hijo adoptivo del país de Juan Bautista Alberdi- de ponderar a su paisano, referencia obligada de los venezolanos que decidieron hacer de Chile su segunda patria o lugar de formación.

Respetando las etapas convencionales del curso vital de Bello, resalta el ensayista merideño la formación intelectual y la “cultura histórica” del caraqueño.

Más allá de lo que tradicionalmente se cree, en la vasta biblioteca de Bello los textos históricos fueron tan preponderantes como los libros de Gramática o Derecho. Tucídides, Tito Livio, Tácito, Macaulay, Michelet, Vico, Voltaire, Herder, Burke, Savigny, Guizot, Niebuhr, Thiers, Louis Blac, Prescott, Tocqueville, Barante, Thierry, Sismondi, etc., sin desconocer las revistas y periódicos de su época; dan fe de un quebranto que lo acompañó **perennemente**. Y si estas proteicas fuentes del saber las enmarcamos en un período cuando esta ciencia alcanza niveles de desarrollo nunca visto -recordemos que a la centuria del decimonono se le llama “El siglo de la Historia”- , entonces, develamos la envergadura de esta disciplina emergente en la visión del mundo del ilustrado. De esta interesante aseveración da testimonio la huella historiográfica de Bello en el *Repertorio Americano*.

Picón Salas, es reiterativo, a lo largo de su formación chilena Bello hizo gala de un profundo conocimiento histórico, encontrando en su análisis de la obra de Martín Fernández Navarrete, aspectos luminosos. Con cierta “gracia estilística” y “un pintoresquismo casi conversacional” Bello asume una actitud crítica sobre el sistema colonial español, desde el mirador de una conciencia criolla en irrupción. Adoptando un enciclopedismo propio, sin abandonar la tradición clásica, Bello siempre tuvo una pasión por su entorno inmediato que no comulgó con la guerra fratricida.

Inciso especial se debe hacer de sus disputas en el país sureño, primero, contra su discípulo José Victorino Lastarria y posteriormente, contra Jacinto Chacón. En síntesis, en estas discusiones se pone en evidencia las advertencias de Bello en el instante de escribir la Historia, recomendaciones que nos dan las llaves para aprehender su arsenal teórico. Si en Lastarria amonesta Bello su liberalismo etéreo, generalizante y jacobino que obvia “el interés revelador del detalle histórico”; en Chacón encuentra un incauto racionalismo que no aguanta el examen del “interés fáctico de cada Historia”. Mientras en Lastarria observa Bello que abundan términos abstractos que olvidan las “costumbres domésticas” que también son Historia; en Chacón divisa gazapos y arrebatos ideológicos pueriles para comprender situaciones contemporáneas. Y esto sin contar las idealizaciones de Lastarria y Chacón a la hora de aquilatar las Constituciones como “almas de los pueblos” y no al revés:

A la Historia neoclásica y racionalista le hubiera bastado el discurso sobre los sucesos y las conclusiones lógicas que se quisieran ver en ellos; para Bello toda noticia expresa, además,

un testimonio psicológico, lingüístico, y quizás estético, de definido valor. Históricamente para él (y esto lo diferenciaba de Lastarria) el conocimiento del pasado no estriba en someter a un esquema racional de deliberadas premisas lo que aconteció antes de nosotros, sino apartarse de todo preconcepto y penetrar en los hechos en su prístina peculiaridad (...) La demasiada cautela interpretativa que le censuran a Bello, Lastarria y Chacón, no se debía tan sólo al culto fetichista del documento por el documento, sino a la previa necesidad que tiene el historiador de prevenirse de “los perniciosos efectos de la superstición y el entusiasmo” y confrontar su criterio con el de otros ¿Por qué interponer siempre entre el suceso lejano y el espectador contemporáneo el juicio o la conclusión ya hecha, y no permitir la aventura de conocerla directamente en su más remota noticia? (Picón Salas, 1982. p. 485-486).

La influencia anglosajona -con la filosofía empirista y el utilitarismo a la cabeza- fue un hito en la existencia humanística de Bello. Su proximidad a James Mill y a Jeremías Bentham, entre otros, expresa su acercamiento y en parte adscripción, a las doctrinas filosóficas de estos notables de un clima intelectual prolífico. También de Hume se alimentó Bello, acota Picón Salas. Y así se va perfilando en Bello una especie de historicismo con visos románticos partidario de un apacible evolucionismo que nunca abandonó: “Y queda para sus biógrafos la interpretación psicoanalítica de por qué este hombre que había sentido en carne propia la desgarradura de las revoluciones; que víctima inocente de ellas, padeció en Londres tantos años de penuria y suma escasez, prefiere a los cambios radicales la tranquila marcha de los tiempos” (Picón Salas, 1982. p. 472).

Bello se nos presenta alejado del carácter sangriento de la Historia. De igual modo, Bello se nos muestra como un genio creador de vastas implicaciones historiográficas a tono con la modernidad.

Un símbolo educativo

¿En nuestro país la educación ha cumplido su razón de ser? ¿Por qué tanto abandono de los venezolanos de Andrés Bello? Nos interpela entre el reclamo y la vergüenza Ángel Rosenblat (1902-1984) en los vertiginosos años sesenta;

década signada por la explosión juvenil, las revoluciones a la vuelta de la esquina y las polémicas renovaciones universitarias.

Se decía Rosenblat partidario de la educación universitaria gratuita, pero plena de jóvenes responsables que no vegeten *parasitariamente* en el campus académico pagado por “la clase trabajadora”. Era amigo de reevaluar el término “autonomía”, que no era ni la esencia de la universidad, sino un medio más que un fin en sí mismo. Mucho menos extraterritorialidad. Sostenía Rosenblat, igualmente, que se requerían reformas profundas en todos los niveles del sistema educativo, con “autoridad y disciplina”, en la cual se valore, como otrora, el rol jugado por los docentes.

El clamor de Rosenblat pudo tener orígenes múltiples: el dolor del trasterado, la tristeza de la ausencia, la pasión por la enseñanza, el desconuelo por un pobre país rico, o la culpa por no aprovechar los venezolanos -el cual él era uno pese a su procedencia polacoargentina- de las potencialidades que se tienen. Queja que no llamaba a la inacción, sino al contrario, a la puesta en marcha con realismo un cometido positivo. Por ello era taxativo: al educador que eduque y que no siga justificando su inopia en las condiciones sociales o familiares del estudiante; que como agente social el educador logre avivar en los más pequeños la lengua como fuerza generadora del pensamiento; que sea la escuela un centro para el ejercicio de la comprensión y la iniciativa, advirtiendo que es la superación permanente, en una ambiente estimulante, pero exigente, la misión última de una formación liberadora.

Como docente y escritor su verbo -a veces acusado de conservador y hasta reaccionario- desmitificaba a la muchachada, a quien le exigía, sin tanta extravagancia, tareas más sencillas, pero efectivas. Por ejemplo, que aprendiera a escribir y leer bien, por lo menos. Entendiendo que aprender a leer no es aprender gramática.

Ya como filólogo, su compromiso cobra mayor nombradía. Siendo un defensor a ultranza de Andrés Bello, Rosenblat no deja de herir susceptibilidades.

En octubre de 1965 se conmemoraba un siglo de la desaparición física de Andrés Bello y Rosenblat nos interrogaba sobre la “popularidad” del Maestro. Si bien reconocía Rosenblat cómo en universidades de otros países (Francia, Inglaterra, Alemania, Suecia) se ofrecían “actos académicos” resaltando la obra del insigne venezolano, nos preguntaba -a pesar de que, en nuestro país también fue homenajeado- por qué Bello sigue siendo un “desconocido”. Rosenblat se

apresura a responder esta acuciante cuestión.

En primer término, la “lejanía”. El huracán transformador de 1810 lo aventó a Europa en busca de ayuda para la causa emancipadora, y las distintas circunstancias lo obligaron al destierro; extrañamiento del cual no se ha librado, hasta el punto que en muchos círculos intelectuales, inclusive, Bello es tenido como un ciudadano chileno de pura cepa.

En segundo término, “una intriga desdichada”. Su fama como delator prendió rápido en una época de bandos. En una hora de polarizaciones acompañada de la rutilancia de Simón Bolívar, muchos interpretaron que los posibles desencuentros personales entre estos dos grandes hombres eran por causas políticas e ideológicas. Esto no era cierto, el Libertador gestionó sus oficios en Colombia para sumarlo al gobierno, reconociendo en todo “la superioridad” de ese caraqueño de su misma edad.

En tercer y último término, el tenor de su personalidad y la ecuanimidad de su aporte. Bello era enemigo del efectismo, de la estridencia que a veces se activa en transes bélicos. Reposado, pensativo, de contribuciones que se verían posteriormente, hicieron creer a algunos que Bello era un simple hombre de gabinetes, un teórico químicamente puro. Error. Desacierto que lo persigue.

No obstante, Rosenblat tiene fe que pronto calará su imagen justa en las mayorías:

Sin embargo, hay en el conjunto de su obra valores suficientes como para acercarlo al alma de su pueblo. Bello fue un humanista. Es decir, una de esas figuras que, partiendo del latín y del griego, quisieron comprenderlo todo: las leyes que rigen el mundo natural y físico y los movimientos de los astros, los principios de la convivencia social y de la armonía de las naciones; los fundamentos de nuestro sentir y de nuestro pensar; la estructura de la oración gramatical y los secretos de la versificación. Y junto con su ingente labor de enciclopedista, poseía el don poético, que lo llevó cantar la naturaleza americana, a expresar los sentimientos más puros y traer a nuestra lengua, en limpio verso castellano, preciadas páginas de Pope o de Byron, de Víctor Hugo o de Lamartine, de Petrarca o de Boyardo, de Horacio o de Virgilio, con amplia libertad interpretativa (Rosenblat, 1990. p. 117-118).

Qué sea el propósito de Andrés Bello educar ya reitera cómo la cultura popular era su idea cardinal, apunta Rosenblat. Pero esa cultura popular se alimenta dialécticamente de otros legados universales. No tienen por qué haber separaciones. Donde lo hermoso y lo justo, los sentimientos y la razón vayan de la mano, como la noche y el día.

Porque reconciliarnos con Bello es *convertirlo en símbolo del mejoramiento de nuestra educación, de nuestra elevación cultural*. Tal vez al aceptar padres y maestros que la lengua es más que transmisión de mensajes, pueda ser un buen inicio. Lo que nos dice con urgencia que rescatemos las “humanidades” de nuestra formación escolar, disciplinas generalmente concebidas como fastidiosas, inútiles y extenuantes. Entonces, es posible que el pedimento de Ángel Rosenblat tenga un mejor final. Es posible.

El universitario moderno

¿Hasta qué punto puede la Universidad sembrar ideas revolucionarias en un ciudadano despierto? ¿Pese al carácter conservador de la Universidad capitalina, en Andrés Bello hubo una ruptura, una especie de puerta franca a la necesidad emancipadora? Dudas nada fáciles que trató de despejar Ildefonso Leal (1932-2015) en el marco del 1er Congreso Bicentenario-Fundación La Casa de Bello, en la Caracas de 1979.

Comienza el historiador venezolano contextualizando los años finales del siglo XVIII. Lo más obvio es la falta de transporte, medio exclusivo para las autoridades eclesiásticas, los principales y los políticos de altas responsabilidades. Esos ostentosos coches tirados por caballos se desplazaban por calles estrechas de poquísimas luces, eran lugares donde con cierto letargo asistían los vecinos ocasionalmente algún jolgorio. Las conversas familiares, las celebraciones religiosas, las procesiones en la Semana Mayor y los paseos domingueros por el cristalino río Guaire, eran los acontecimientos públicos más significativos. Socialmente la Provincia de Caracas o Venezuela -que no excedía las cuarenta mil almas- se caracterizaba por el racismo y la exclusión. Vivía Bello en una ciudad que al decir de José de Oviedo y Baños la “escogió la primavera para su habitación continúa”, paraje de clima bondadoso propicio para el envite y el azar, y para la lectura de “libros piadosos” bajo la mirada excomulgadora de la iglesia católica.

Fue en este ambiente provinciano en el que Andrés Bello, de extracción social humilde, comenzó su formación intelectual. Su padre Bartolomé Bello, era un oficiante que pendulaba entre la música y el Derecho, aspecto que nos hace inferir el gran estímulo cultural que había en su núcleo familiar. Una vez cerrado el ciclo de primeras letras -y con el anhelo callado de sus progenitores de que su hijo fuera militar, comerciante, sacerdote, o académico- Andrés Bello se matriculó en la Real y Pontificia Universidad de Caracas. Al ser una sociedad cerrada, con poca movilidad social ascendente vertical de los grupos oprimidos, era común que en esa Venezuela, como en el resto de Hispanoamérica, las aulas universitarias fueran cotos exclusivos para hombres de “tez blanca”. Digamos que únicamente los **puddientes y aquellos sin sospecha de sangre mestiza**, gozaban del privilegio del saber. Este duro abismo legal, racial y económico se va a mantener a lo largo de una centuria, desde la fundación misma de la Universidad en 1721 hasta la reforma bolivariana de 1827.

Además, a Bello le tocará asistir a una institución saturada de latín y teología, profusamente escolástica, pese al esfuerzo soterrado que hacían voces avanzadas, siempre bajo la sujeción de los cultores del tradicionalismo:

Andrés Bello pudo evidenciar que en la Universidad pugnaba dos tipos de catedráticos: los que se empeñaban en mantener la institución dentro de los más rancios límites del pensamiento aristotélico-tomístico, sin innovaciones en el aprendizaje, apegada a la gramática latina de Nebrija, a la teología de Juan Bautista Gonet y Francisco Larraga, y a las Decretales de Gregorio IX; y otro sector docente progresista que clamaba por amplias reformas para injertar en el cuerpo adormecido de los claustros las últimas conquistas de la ciencia experimental con los descubrimientos de Kepler, Newton, Bacon, Volta, etc. Este sector minoritario de profesores ilustrados (Marrero, Juan Agustín de la Torre, Alejandro Echezuría, Felipe Tamariz, etc.) oponía a la arcaica memorización del latín el aprendizaje del castellano y de los idiomas modernos; a los trajinados y vetustos tratados teológicos, las más audaces obras de matemática, química, física, mineralogía y botánica; a los clásicos manuales de Santo Tomás y Aristóteles, los modernos textos científicos de Chaptal, Nollet, Tosca y Musschenbroek; a las nociones envejecidas de la escolástica,

las audaces concepciones de Locke, Condillac y Verney; a la mecánica práctica de Cullen, Piquer, Francisco Solano de Luque, Boerhaave, Gazola, etc. (Leal, 1982, p. 561-562).

Vientos de cambios se experimentaban no sólo en la vida política de la hora, sino en las mentalidades. Mutaciones profundas que encontraron su correlato la brillantez de algunas personalidades, que como el mencionado Juan Agustín de la Torre, exhortaban a la reactivación de la industria y el progreso de la agricultura, mientras que la anquilosada organización estaba más pendiente de la partida de bautismo y la limpieza de sangre³ del estudiantado.

No obstante, pese a las restricciones Bello tuvo contacto con el pensamiento más adelantado de su momento, en el cual el racionalismo y el empirismo le ganaban la partida al escolastismo medieval:

Al abandonar la Universidad en junio de 1800, Bello permanecerá diez años en su solar caraqueño dedicado a la poesía, a la historia y al duro trabajo de empleado de oficina. La muerte de su padre, el abogado Bartolomé Bello, ocurrida en 1804, sumió a la familia en la pobreza, al punto que su madre doña Ana López se vio forzada a suplicar una pensión del monarca. Para sostener a su progenitora y a su numerosos hermanos, Andrés Bello interrumpió sus estudios universitario, buscó colocación como escribiente en la Gobernación

³ Término que se utiliza para designar la demostración de no tener antepasados penados por algún delito. Esto se entiende como el procedimiento que certifica ningún antecedente ciertamente reprochable por los poderes instituidos. En tal sentido, la limpieza de sangre fue un instrumento legal de segregación hacia las minorías, inicialmente. En la España del antiguo régimen se implementó contra cristianos cercanos a judíos y musulmanes. De allí que, todo aquel que ambicionara entrar en instituciones específicas o gozar de un título determinado, debía demostrar que descendía de auténticos cristianos. Una vez concretada la invasión y colonización a Nuestra América muchos de estos prejuicios -además de sociales y económicos- se usaron como mecanismos justificadores del rey para impedir emigración a estos territorios. Mediante la discriminación religiosa o étnica -ser “hereje”, negro o indio, por ejemplo-, buscaba penalizar toda herencia considerada vergonzosa. También sirvió para la dominación de peninsulares sobre los otros grupos e inclusive, criollos. La limpieza de sangre fue el pretexto perfecto para legitimar la subordinación, el vasallaje, las encomiendas y la esclavitud en las colonias de ultramar.

de Caracas, pero siguió atesorando libros, perfilando ideas y robusteciendo su talla de humanista (Leal, 1982. p. 575).

Andrés Bello no concretó por razones distintas sus estudios medicinales, pero fue persistente en su inclinación intelectual. El universo de las letras le debe mucho a Andrés Bello. Su legado es sinónimo de exhaustiva, enjundiosa y perspicaz obra. Sus trabajos enciclopédicos, sabios, metódicos, dan prueba de ello, de su renovada erudición. Su apurado tránsito por la Universidad de Caracas le sirvió de mucho al futuro Maestro: direccionar sus intereses, incrementar sus conocimientos, alimentar su mente con fuentes emergentes y ver de cerca la reaccionaria educación superior venezolana de su época.

El humanista liberal

¿Se puede tener a Andrés Bello como una humanista? ¿De ser un humanista en qué se distingue de tantos que han sido calificados de este modo? Satisfacer ambas dudas resume preocupaciones permanentes en Pedro Grases (1909-2004), quien ya desde los años cuarenta del siglo XX le había adjudicado este epíteto al Maestro caraqueño, haciendo un largo exhorto sobre la naturaleza polisémica del término *humanismo*.

El humanismo de Andrés Bello no es el humanismo renacentista. Reducirlo así es un desacierto garrafal. Otros contenidos están en juego que echan por tierra este error conceptual. “La razón y causa vital” del humanismo bellista es muy distante del cultivado por los pensadores del siglo XVI, debido a que sus “bases culturales y de tradición” es prohijado por una realidad inédita. En esta idea está el *quid* del asunto que nos explica Grases: el humanismo de Bello es un quiebre paradigmático con el humanismo renacentista porque implica el principio histórico-antropológico del hombre americano.

Atendiendo a relaciones temporoespaciales *sui generis*, el siglo XIX pedía a gritos una nueva lógica paridora de ensayos republicanos específicos en conjuntos societales con taras seculares. Era la demanda natural de un pensamiento -si bien vinculado con las herencias europeas- que fuera capaz de regular y normar el funcionamiento de Estados nacionales incipientes. Consciente de la ingente misión estaba Andrés Bello, quien una vez al pisar tierra americana dejó atrás las cogitaciones profundas y puso sus oídos en la heredad de sus mayores:

Hay real grandeza en esta renuncia a las investigaciones de

alta especulación científica, erudita, en la filología de las culturas clásicas y en los testimonios de cultura medieval, al sustituirlas por la tarea de enseñar y escribir sobre las disciplinas que necesitaban los nuevos Estados. Su magisterio oral comenzado apenas llegó a Santiago de Chile y su obra escrita, desde los tratados y compendios hasta su constante colaboración periodística, tienen un claro objetivo: educar a las generaciones que quisieron escuchar su palabra de mentor de los intereses espirituales de las personas y las comunidades. No de otro modo podríamos explicarnos la transformación que experimentan sus preferencias. Inicia inmediatamente en Chile su obra poligráfica, en lo que hoy contemplamos como pasmosa obra de educador. El mismo se adentra en el estudio y dominio de los problemas jurídicos planteados por la organización de un Estado. Bello, que no había cursado lecciones de Derecho, se convierte en legislador y codificador del ordenamiento legal de Chile, y desde Chile influye admirablemente en las otras repúblicas hermanas. Su actividad de jurista, de la que no había dado señales antes del retorno a América, forma la mayor parte de sus escritos (Grases, 1989. p. 121-122).

Educar a sus semejantes se tornaba la acción perentoria. Enseñar civilidad, diplomacia, administración, como instrumentos de conducción de los pueblos, antes colonias hispanas, se transformaba en su nueva fe.

Andrés Bello fue un “hombre de pluma, meditación y análisis”, conocedor a profundidad de la herencia latina, del griego y su literatura, de los clásicos españoles del Siglo de Oro, de las letras románticas, “empapado su espíritu en la nobleza de la causa de la libertad”; todos estos factores convierten al ilustre caraqueño en un “humanista representativo de una nueva concepción de la cultura”.

Pero el humanismo de Bello, insiste Grases, es *liberal*. Es decir, es una doctrina que busca erigir las sociedades americanas fortalecidas en sus identidades, en la justicia y en la libertad. Si bien el humanismo renacentista mira hacia el pasado, el propugnado por Bello apuesta al futuro:

El contraste más flagrante entre el humanista del Renacimiento

to y el humanista liberal americano está en el ámbito en que se produce. El hombre del renacimiento elabora sus obras en el recogimiento del cenobio o en el silencio de su gabinete de trabajo, en tanto que en América se crean las formas de cultura, casi diría al aire libre, de cara al horizonte abierto que ofrecen naturaleza y gentes en espera anhelosa de un mensaje vital. La reflexión del humanista americano va hacia los pueblos en forma abierta como si se tratase de advertencias a unas sociedades que necesitan oír la palabra diaria, en alta voz, en tanto que los pensadores del renacimiento estampan sus ideas en infolios que tardan a llegar al conocimiento de la generalidad de las gentes (Grases, 1989. p. 123).

Dicho de otro modo: las jóvenes naciones, cual si fueran adolescentes, ameritan la palabra guiadora, oportuna, honesta, realista, como tutoría para quien está creciendo, madurando. Como gentilicios ayunos de referentes y de vectores que orienten nuestros pasos, el humanismo americano tiene un gran quehacer ductor y esperanzador, mientras que los intelectuales renacentistas se encaminan a sociedades con tradiciones más antiguas enfrascadas en los cánones conservadores:

En América, los humanistas de los Estados republicanos perseguían principalmente el logro de la solidez política en los países liberados, en tanto que en Europa predominaba en los humanistas la reforma a través del placer y el goce de la erudición, tanto como por la contemplación de las obras de arte de la antigüedad. El contenido y fin pedagógico-político será distintivo esencial en el humanismo americano. Vive el trance de crear un pensamiento original, con evidente respeto a la tradición hispánica, a pesar del corte violento de las guerras de liberación (Grases, 1989. p. 123).

En suma, el humanismo de Bello es de ruptura. La realidad geohistórica es un elemento de peso para los países ganados para la Independencia. Los pensadores americanos no están en la estéril erudición, sino en la respuesta socio-político y educativa para comunidades libres acompañadas de sistemas de gobiernos emancipados. Es la obligación de hacer patria, de levantar ciudadanía en una civilización distinta.

El maestro ejemplar

¿Puede ser Andrés Bello partidario de una educación entendida como la mejora armoniosa de la personalidad? ¿En el ideario bellista nos tropezamos con la exigencia de ciudadanos aptos para la vida y para el ejercicio de la democracia?

Si tomamos el supuesto de que cada sistema ideológico tiene su correlato en la escuela, decimos entonces que en Luis Beltrán Prieto Figueroa (1902-1993) se materializa una de las perspectivas más adelanta de su época, de nuestra época, lo que redundo en su innegable resonancia actual. Sin embargo, hablamos de una visión educativa consustanciada con una concepción política, en la cual, sin prurito alguno, ambas dimensiones a veces se complementan y hasta se confunden. Por ende, en ninguna instancia, sostenía Prieto Figueroa, como docentes se debía renunciar al compromiso sincero y sólidamente argumentado.

Conciencia de esta simbiosis la tuvo el mismo Prieto Figueroa quien reiteradamente reprochaba el pragmatismo malsano, en el cual la afanosa búsqueda del poder carecía de un programa transparente. Pero este señalamiento era extensivo a los llamados *intelectuales* sumergidos en una asepsia política.

Para Prieto el pensamiento es inválido cuando es indiferente a su entorno social, a su medio inmediato, cuando es inaprensivo y lamentablemente desapasionado. Por ello la dicotomía pensamiento-acción es una falsa contraposición, ambas son igualmente importantes y actúan dialécticamente

La desaparición física de Juan Vicente Gómez en 1935 suscitó una eclosión de ideas y movimientos que actuaban muchas veces de manera subterránea ante la acción represiva del dictador. Una vez ausente “El Benemérito” los periódicos, los clubes, los gremios, los partidos, las asambleas, los mítines, todas estas acciones de *masas*, anunciaban el reverdecir de una patria diferente. Ensayos y proyectos promisorios se exponían con renovada creatividad y esperanza. Medir pausadamente la Venezuela postgomecista -sobre todo el estado de las aulas y los estudiantes- nos ayuda al calibrar la significación de la obra emprendida por el docente oriental.

Una vez clausurada una larga noche de casi tres décadas, irrumpía en Venezuela un contagioso optimismo. En este instante de expectativas los docentes eran tenidos como libertadores de la modorra ignorante y ruin. Si se anhelaba una sociedad más abierta y tolerante, entonces el maestro se entendía como agente catalizador de esos cambios urgentes. En sintonía con esta especie de

sentimiento nacional, Prieto Figueroa ve en el educador el líder natural que el país naciente y moderno está pidiendo a gritos. Solo así se comprende su huella en la Federación Venezolana de Maestros (1936), en el Proyecto de Ley Orgánica de Educación Nacional (1948), o en la Ley de Educación (1980), por citar tres casos emblemáticos y distintos de su periplo vital.

Lo que queremos acentuar es que sus ideas educativas fueron respuestas contundentes -con un gran grado de continuidad histórica, pese a los cambios económicos y políticos en la nación- con una noción político-filosófica impertertable en varios aspectos: el humanismo democrático.

En su obra *El pensamiento pedagógico de Andrés Bello* (1989) Luis Beltrán Prieto Figueroa, una vez más, deja por sentado su convicción de que el fin último de la educación es la consolidación de la formación integral del hombre con especial atención al desarrollo humanístico, nunca divorciado del contexto social concreto. Por esta vía se puede develar la magnitud de la enseñanza que encuentra el maestro oriental en el sabio caraqueño.

Para Prieto Figueroa, Andrés Bello poseyó un temple desbordante, en el que la ciencia se acompaña de la conciencia, dando como resultado un humanista admirable. Su vida se determinó por un ansia de saberes útiles para los pueblos de nuestro continente.

La arquitectura organizacional y el imperativo de la libertad, debían cerrarle la puerta a la servidumbre, a la burda riqueza, al lucro egoísta, a la inaudita barbarie, al odio improductivo, a la ciega obediencia, a la exclusión elitesca, a las torvas acciones de fuerza. A su modo de ver, nos refiere Prieto Figueroa, en Bello -difusor, orientador, investigador, pedagogo- todas estas taras sociales debían ser desplazadas por la materialización de la justicia y el derecho, y la defensa de la identidad americana; por una educación que forje desde temprano el sentido de responsabilidad y derecho del niño, bajo una preparación integral -física, mental, ciudadana y técnica- del hombre del mañana, con un enfoque realista, amigo de los libros y consustanciado con nuestra realidad circundante. ¿Y la Universidad en es ingente objetivo? Debe ser una “propagadora de luces”.

Para Prieto Figueroa Bello fue un maestro de la totalidad, ese que creía fervientemente cómo la educación arrancaba en el hogar y continuaba en las Casas de altos estudios. Bello es el estandarte de nuestra urgente expansión cultural:

El ejemplar humano de Andrés Bello acaso sea incomprendible para nuestra época tecnológica de las especializaciones. El humanista que fue estuvo en todo y en todo actuó certeramente, aconsejando aquí reformas administrativas, promoviendo y actuando allá para ordenar la justicia, fundando y dirigiendo instituciones educativas, fijando normas de las relaciones internacionales, compilando y ordenando en un Código las normas para las relaciones civiles de los ciudadanos o escribiendo leyes y decretos para resolver premiosas situaciones. Por ello tuvo razón Don Ignacio Domeyko, cuando junto al cadáver de Bello en el cementerio expresó: “No es dado enumerar fríamente los numerosos méritos de Don Andrés Bello, que, si pudiéramos recordarlos todos, dudaría la razón en que una sola vida, un solo hombre pudiera saber tanto, hacer tanto y amar tanto”. (Prieto, 1989. p. 97).

En Bello, nos recuerda Luis Beltrán Prieto Figueroa, encontramos un rastro inconmensurable. En su rectoría de la Universidad sureña, en su *Derecho de Jentes*, en su *Gramática de lengua castellana*, y en su *Código Civil Chileno*, hallamos un sincero magisterio de americanizar la América. Todo esto nos habla de su carácter universal y necesario.

El imputado

¿Cuántas cuestiones rodean la vida de Andrés Bello, muchas veces tergiversando la realidad de los hechos? ¿Cuántos infundios o medias verdades lanzan contra su trayectoria de nombradía internacional? Estas y otras dubitaciones parecen móviles casi punzantes que llevan a Oscar Sambrano Urdaneta (1929-2011), a esclarecer el panorama sobre el Maestro, más que todos a las generaciones recientes.

No obstante, pese a la diversidad de asuntos presentes en el pensador de vida longeva, el intelectual trujillano, bellista confeso, privilegia algunos aspectos muy concretos, como especie de cuestionario que pone en limpio cualquier duda sobre el Americano Ilustre.

Abre fuego Sambrano Urdaneta negando esa afirmación muy recurrente de que fue Andrés Bello quien denunció a los revolucionarios que estaban decididos a levantarse contra las autoridades realistas en el cuartel de la Misericordia.

Insiste que esta es una aseveración apócrifa. No existe la evidencia documental que dicho acontecimiento haya ocurrido. Del mismo modo, la probidad moral y el calibre intelectual de Bello, estimado por propios y extraños no refrieren este caso. Su destacada labor en Londres y en Chile tampoco dio asomo de esta posibilidad, esperándose como en muchos otros procesos, de que el tiempo implacable sacara la verdad a flote. De igual forma, sus distintas responsabilidades reforzaron el prestigio de un hombre admirado por muchos, inclusive por sus adversarios. Como bien argumenta Sambrano Urdaneta, la procedencia de la denuncia contra el bando patriota fue de anónimo y de torvo proceder, en una trama donde el enfrentamiento de los independentistas era favorable a los intereses de la monarquía. En ese momento y también hoy, la confusión entre cor-religionarios es estrategia de guerra siempre muy efectiva. La chismorrea política y las mentiras contra Bello no fueron dardos encendidos únicamente contra el caraqueño, sino que tanto Mauricio Ayala, Pedro Arvelo y Diego Jalón, fueron aludidos, manchando sus reputaciones respectivas. Si bien Bello no le dio gran importancia a las comidillas, las consecuencias se verían después.

En la vida de Bello es recurrente calificarlo de “desertor” que se entregó a las mieles de la vida en el Viejo Mundo, mientras que los patriotas en casa se inmolvaban por la liberación del yugo extranjero. Repara Sambrano Urdaneta en este mal entendido. Si Bello viajó a Inglaterra por iniciativa de la Junta Suprema de Caracas en compañía de Luis López Méndez y Simón Bolívar no fue un hecho fortuito. Sus dotes personales -inteligencia, disciplina, dominio del inglés y francés- fueron sus mejores credenciales. Su misión estaba clara desde el principio y su regreso a Venezuela también, sólo que los imponderables tuvieron la última palabra. En las casi dos décadas en la capital británica Bello se mantuvo activo como funcionario venezolano, grancolombiano y a veces chileno. Fue en esta metrópoli donde se casó en dos ocasiones, enviudó y fue un padre sufrido que vio su hijo menor fallecer. Fue también en este gélido lugar sitio de penurias económicas y desempleo, sobre todo cuando el servicio exterior de Colombia lo consideró un realista consumado. Pero si una fueron de cal otras fueron de arena. En Londres encontró Bello el lugar por excelencia para el estudio profundo y sosegado, prerrogativas que tempranamente se verían reflejadas en sus obras más conocidas.

Sobre la interrogante si Bello tenía ideas monárquicas que le dieron la razón al bando revolucionario de tenerle cierta reticencia, Sambrano Urdaneta no esquivó la respuesta:

...Bello debió sopesar las ventajas del régimen inglés y la del gobierno republicano de los Estados Unidos, nación que a don Andrés le inspiraba temor y desconfianza. Al trasladar los resultados de su análisis comparativo a la realidad socio-cultural de los pueblos iberoamericanos, llegó a la conclusión de que éstos carecían de la madurez necesaria para un pleno y verdadero ejercicio de la democracia, por lo que en su opinión el gobierno republicano jamás llegaría a serlo entre nosotros (Sambrano Urdaneta, 2007. p. 203).

Sin embargo, conseguimos aquí una equivocación en la apreciación política de Bello sobre el destino de las jóvenes naciones, equivocación que el mismo ilustre ciudadano pronto, al calor de la guerra de Independencia, va a enmendar.

Otra conducta “impropia” que se le imputa a Bello fue su preferencia por residenciarse en Chile, en lugar de retornar a su Caracas nativa. Sambrano Urdaneta sale al paso a esta acusación alegre. Primero, fueron muchas las tentativas realizadas por el pensador de retornar a su patria chica. Pero el vaivén de la guerra y los percances personales le dieron larga al asunto. A esto se le debe sumar las facilidades que le proporcionaba el país sureño a la familia de Bello que se encontraba sumergida en una dura precariedad financiera. El gobierno de país austral le garantizaba a Bello los gastos de Europa a Santiago, le asignaba igualmente un empleo acorde a su perfil intelectual y su dilatada experiencia, además de un complemento nada despreciable: el gobierno se le daba su palabra que en el supuesto que no fuera grata su estadía en Chile, ellos mismos le costearían el viaje a cualquier otro destino americano. De tal manera que la conjunción de deudas económicas que le impedían su manutención en Londres, “el silencio de su patria” y el atractivo trato de los hermanos chilenos, explican sobradamente tal decisión de retornar a su terruño, lugar de ensueños y de nostalgias como lo dejó plasmados en varios poemas y cartas enviadas a sus seres más próximos:

Debe tomarse en cuenta que un viaje de ida y vuelta de Chile a Venezuela tomaba alrededor de cuatro meses, a lo que debe añadirse el tiempo destinado a permanecer entre los suyos. Bello no podía proporcionarse aquella satisfacción, dado el cúmulo de responsabilidades que le impedían separarse por mucho tiempo de sus deberes. El viaje, por demás sumamente fatigoso, no era recomendable para alguien que como

don Andrés no tenía una salud de hierro. Todos esto explica no sólo por qué no volvió a Venezuela, sino por qué en treinta y seis años de residencia en Chile nunca cruzó sus fronteras (Sambrano Urdaneta, 2007.p. 204).

Andrés Bello, un insigne venezolano que pudo ser el autor de la letra nuestro Himno Nacional, sino en términos absolutos, por lo menos parcialmente, a cuatro manos con Vicente Salías. En todo caso, Sambrano Urdaneta recata una de las personalidades más trascendentales que hemos tenidos los nacidos en esta hermosa tierra.

Comentario final

Qué los grandes intereses de la humanidad nos inspiren, es una virtud lamentablemente de pocos. La fatuidad de nuestros días, en la que se endiosan cosas y se reniegan de las personas, es harto conspiradora. Es como si en un péndulo diabólico el totalitarismo del consumo y la inmediatez le llevara la delantera a lo trascendente, a eso invisible que da un sentido mágico a nuestras existencias. Bien vale la pena, entonces, buscar en Andrés Bello ese acicate espiritual que es tan necesario en nuestro convulsionado siglo XXI.

Sin embargo, si reconocemos que existe cierta displicencia o desconocimiento sobre la estampa de Andrés Bello, dejamos constancia que diez plumas excepcionales -y sabemos que muchas más- le dieron su justo valor y reconocieron en todo momento la luz propia que siempre caracterizó al Maestro:

- Gracias a la benigna palabra de Vicente Dávila (1874-1949) hoy sabemos que Andrés Bello no fue un soplón. No existen fuentes fehacientes que digan que el caraqueño acusó a sus hermanos de causa.
- Debido a la perspicacia de Augusto Mijares (1897-1979) tenemos que Andrés Bello mantiene encendida la llama de los libertadores haciendo un aporte profundamente cultural.
- En concordancia con Arturo Uslar Pietri (1906-2001) Andrés Bello fue un guía de su pueblo, no fue un panfletario, no fue un especulador.
- Andrés Bello fue un hombre de su tiempo en una hora difícil y así actuó. Fue humano, demasiado humano, nos recuerda Mario Briceño Iragorry

(1897-1958).

- Para Mariano Picón Salas (1901-1965) Andrés Bello comulgó con una visión crítica, positiva y bien ponderada de la Historia.
- En **Ángel** Rosenblat (1902-1984) Andrés Bello es sinónimo de mejor educación y cultura para todos los venezolanos.
- Andrés Bello fue todo una intelectual -nos dice Ildefonso Leal (1932-2015)- consciente del papel de la Universidad en el progreso del pueblo sin distinguirlo alguno.
- Nos advierte Pedro Grases (1909-2004) que el humanismo de Andrés Bello es un quiebre paradigmático con el humanismo renacentista.
- En Andrés Bello, nos acuña Luis Beltrán Prieto Figueroa (1902-1993), encontramos una traza educativa americanista, universal y necesaria.
- Un ilustre venezolano encuentra Oscar Sambrano Urdaneta (1929-2011) en Andrés Bello que debe ser despojado de maléficas interpretaciones.

En una carta enviada por Simón Bolívar a José Fernández Madriz, fechada en Quito el 27 de abril de 1829, se expresa el juicio del Libertador acerca de su otrora ductor: *“Últimamente se le han mandado tres mil pesos a Bello para que pase a Francia; y yo ruego a Ud. encargadamente que no deje perder ese ilustrado amigo en el país de la anarquía. Persuada Ud. a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia, y que si quiere ser empleado en este país que lo diga y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo; y él es digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad, y yo le amaba con respeto. Su esquivéz nos ha tenido separados en cierto modo, y, por lo mismo deseo reconciliarme: es decir, ganarlo para Colombia”*.

Tal vez esta misiva sume mucho más a la argucia sobre tan importante figura. Quizás en parte, acá radique la problematización sobre la imagen de un hombre de una gran sensibilidad e inteligencia puesto en los días más aciagos de nuestra Historia. Del porqué toda Historia fundacional termina siendo religiosa y en la constelación de santos y ángeles, los alejados del Dios único casi siempre llevan la peor parte. Metafóricamente eso pudo haberle sucedido a Andrés Bello: cada día más distante del “círculo de los fundadores de la patria” y aparentemente de Simón Bolívar.

La complejidad de los personajes históricos no se queda en el pasado, sus

virtudes y defectos, encuentros y desencuentros, son obsesivamente evaluados por especialistas y escritores contemporáneos. Esta reflexión nos lo suscita el polémico perfil de Andrés Bello en la historiografía venezolana después de examinar una decena de voces autorizadas. Si bien este ciudadano singular tuvo dotes desde filósofo hasta jurista, no dejan de haber quienes lo califiquen como un vil traidor.

Descalificar es muchas veces el atajo de lo que repiten con poca sindéresis fórmulas huecas y facilonas, de esos que se erigen como jueces únicos de acontecimientos añejos. Los prolongados e inagotables años de estudio de Andrés Bello, toda una vida consagrada a la pesquisa de diferentes campos del saber humano con un volcánico espíritu docente, son despachados de la manera más alegre por ramplones opinadores.

Es bueno decir que Andrés Bello fue más que el maestro de Simón Bolívar y que pese a las diferencias que tuvo con su antiguo discípulo, el sabio nunca abandonó la opción independentista y de este hecho estuvo consciente el mismísimo Libertador. Muchas veces la envidia tiene una página oculta en la Historia y Andrés Bello no está exonerado de ella.

Referencias

- (AA.VV) (1982). *Andrés Bello, homenaje de la UCV en el bicentenario de su nacimiento*. Caracas: Ediciones del rectorado/UCV.
- Bricenío Iragorry, M. “La integridad de Bello” [Madrid, 29 de noviembre de 1953] (AA.VV) (1982). *Andrés Bello, homenaje de la UCV en el bicentenario de su nacimiento*. Caracas: Ediciones del rectorado/UCV.
- Bricenío Iragorry, M. (1985). *La Historia como Elemento Creador de la Cultura*. Prólogos: Guillermo Morón, Ramón J. Velásquez. Academia Nacional de la Historia. Colección Estudios, Monografía y Ensayos, 67.
- Dávila, V (1923). *Investigaciones históricas*. Caracas: Imprenta Bolívar
- Grases, P (1989). *Escritos selectos* (Presentación Arturo Usler Pietri; prólogo Rafael Di Prisco; cronología y bibliografía Horacio Jorge Becco). Caracas: Biblioteca Ayacucho.

- Leal, I. “Andrés Bello y la Universidad de Caracas”. [1979] (AA.VV) (1982). *Andrés Bello, homenaje de la UCV en el bicentenario de su nacimiento*. Caracas: Ediciones del rectorado/UCV.
- Mijares, A (1991). *El último venezolano y otros ensayos*. (Comp. y pról. Oscar Rodríguez Ortiz). Caracas: Monte Ávila Editores. Colección Eldorado.
- Mijares, A (1998). *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Obras Completas T. II. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana. Comisión Centenario Augusto Mijares [de la edición de 1938].
- Picón Salas, M. “Bello y la Historia” [1957] (AA.VV) (1982). *Andrés Bello, homenaje de la UCV en el bicentenario de su nacimiento*. Caracas: Ediciones del rectorado/UCV.
- Prieto, L (1989). *El pensamiento pedagógico de Andrés Bello*. Caracas: Vadell hermanos.
- Prieto, L. (1959). *El Humanismo Democrático y la Educación*. Caracas: Editorial Novedades.
- Uslar Pietri, A (1995). *Letras y hombres de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana [de la primera edición de 1948]
- Rosenblat, A (1990). *La educación en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores [De la primera edición del colegio de Humanistas, 1964. Edición corregida y aumentada por M.A, 1975].
- Sambrano Urdaneta, O (2007). *Verdades y mentiras sobre Andrés Bello*. Caracas: Fundación El perro y la rana. Biblioteca Popular para los Consejos Comunales. Serie Las artes y los oficios.